

*Palabras de Volodia Tiber
para Miguel Tiber*

En este teatro - según el decir de Hugo - la multitud se convierte en pueblo. Cada personaje encarna instintos, pensamientos en lucha, dentro de una obra concebida a la luz y la sombra de una furiosa dialéctica contradictoria.

Es un drama social, apto para ser representado en la plaza. Agitador y político, en el sentido brechtiano. Es decir, parte de la exposición crítica de la realidad para transformarla, una vez que los hombres tomen conciencia de que pueden y deben destruir lo insoportable.

He sido lector y espectador de "Los que van quedando en el camino". Como parte del público me he sentido virtualmente asaltado. Agarran por el cuello la emoción y la ira, la indignación y la pena. Lección de una iniquidad tremenda, que clama, más que al cielo, a la tierra, por la tierra para los que la trabajan. La concurrencia experimenta la sacudida. Grita, llora. O sea, una legítima pieza, eficaz, que estalla en la comunicación directa, como una bomba. Nadie puede quedarse frío. Habla al sentimiento, a la voluntad, llama a hacer algo. Es el anverso, la negación del mero entretenimiento, del solaz pasajero para un gusto dudoso e inestable. Y también del reino del absurdo y de la "élite". Incursiona en el corazón desgarrado. Y se dirige también a la inteligencia del pueblo. En tal sentido contribuye a la creación de una cultura popular. Se vincula al pensamiento y a la auténtica inquietud de nuestro país y de nuestro tiempo.

Está comprobado que Isidora Aguirre es capaz de hacer cualquier teatro. El de la diversión fina como la comedia musical más espectacular y taquillera. Pero ^{al} éxito de los grandes auditorios fáciles y gigantescos, que compran boleto para un apacible viaje de huida de una par de horas lejos de la realidad agria de su existencia, ella ha preferido, en "Los Papeleros" y sobre todo en "Los que van quedando en el camino", hablarle directamente al pueblo de su verdad y no de su ilusión. No quiere ser traficante en drogas. La multitud que aplaudió y sigue aplaudiendo "La Pergola de las Flores" probablemente no sea la misma que ovaciona

entre lágrimas su producción ulterior, pero pertenece a la categoría de esa muchedumbre más activa y creadora; la que llorando, se enfurece.

Así se ~~plasman~~ ^{plasman} las manifestaciones iniciales de una revolución en el teatro chileno, ansiosa de sensibilizar a los ~~xxx~~ auditorios no en el arte de la fuga sino en la autoconciencia de la propia situación y del deber de actuar.

~~XXXXXXXXXX~~

Es cierto que los fogonazos de la muerte sellan la insurrección campesina en Ranquíl. Y que los fantasmas atormentan a la mujer con la pesadilla recurrente que la persigue, rememorando la tragedia imborrable. Pero todo con aliento de vida, a ratos épico, y con el necesario misterio. Aunque también con la claridad que permita, conforme al objetivo de una dramaturgia realista y crítica, en verdad representativa de los conflictos más agudos de la sociedad contemporánea, señalar la salida y los tramos del camino. De modo que los muertos que se van quedando en él, para incovar las palabras bautismales del Ché Guevara, iluminen a los pueblos sobrevivientes, inmortales a pesar de todo.

La técnica, de apariencia simple, absorbe, sin proponérselo, sutiles ~~sutiles~~ aires respirados en la atmósfera ateniense o isabelina, en el "Teatro de Arte", de Stanislavski, o en "La Abadía" dublinaesa. Pero nadie se engañe, al fin de cuentas: el resultado es un drama de patente irremisiblemente latinoamericana. Realizado, mediante una elaboración personalísima, por un talento entregado con seriedad a la tarea, escribe un acto nuevo en la historia de nuestra literatura teatral. Ese acto en que el pueblo, como en ciertas piezas de Lope, se planta en el centro de la escena para representar el papel de protagonista dispuesto a tomarse justicia por sus manos.

Volodia Teitelboin